

ALAINE POLCZ VENCÍÓ AL INFIERNO

200.000 mujeres húngaras fueron utilizadas como botín de guerra. Alaine Polcz contó su propio caso

bre las que pesaban todo tipo de leyendas por su bestialidad «asiática». Alaine, sin perder la esperanza, no se cree aún todas las historias que se cuentan: «Deseábamos la paz con anhelo. Los rusos no, ellos querían conquistar Berlín. Ellos eran los vencedores, disfrutaban de la lucha».

La joven e inexperta Alaine, que no sabía nada de la vida al comenzar el libro, y a la que su marido le había contagiado la gonorrea, había visto carteles en Budapest en los que un soldado ruso «arranca la cruz del cuello de una mujer». Un eufemismo para advertirles de que las iban a deshonorar: «Les rompen la columna vertebral y cometen otras barbaridades».

Sin escapatoria

Alaine será violada por compañías enteras de soldados rusos o por sus oficiales, que aparentemente la tratan con algo más de delicadeza —a cambio de comida o de un colchón para su suegra agonizante, de la que cuida, tras haber sido arrestado su marido—. Es entonces cuando

comprueba que, con la violencia de muchos cuerpos consecutivos actuando sobre sus pobres anatomías famélicas, en ocasiones la columna se quiebra. Era lo único

que había que evitar.

Al salir del infierno, una vez acabada la guerra, el silencio se impuso. Los suyos, su propia familia, nadie quería oír hablar de la pesadilla de una mujer joven y bonita atrapada en el frente, sin escapatoria, a la que no dieron cobijo «porque atraía a los rusos». Por eso en 1991, en plena transición política de Hungría hacia la democracia, cuando las tropas rusas empezaban a abandonar su país, la obra de Polcz causó un tremendo impacto: rompió el tabú que pesaba sobre las mujeres violadas sin piedad durante la guerra.

MERCEDES MONMANY

UNA MUJER EN EL FRENTE ALAINE POLCZ



Memorias
Trad. de Eva
Cserhati
y Carmina
Fenollosa
Periférica,
2015. 19,50
euros ★★★★★



La moda, nuevo mecenas del arte

El Museo Whitney de Nueva York entra en la lista del lujo (14)

Una mujer en el frente, de Alaine Polcz (Koloszvar; hoy Cluj Napoca, Rumanía, 1922-Budapest, 2007), es un libro sorprendente que ocupa un lugar especial entre los muchos testimonios y memorias de la Segunda Guerra Mundial. Y lo es tanto por el tono empleado —inocente, natural, casi infantil, a pesar de mostrarse firme y valiente ante la adversidad— como por la dureza apocalíptica, sin maquillajes, de lo narrado.

El vía crucis relatado tiene que ver en sus inicios con un amargo matrimonio juvenil. En 1944, «en el cuarto año de la guerra», Alaine se casa con un hombre de letras que le será infiel desde la luna de miel. «La guerra no es fácil, el matrimonio tampoco», dirá ella.

Su relato, con pasajes de extrema dureza, obedecía a la promesa hecha a una amiga suya que atravesaba por una crisis matrimonial. «Decidí contarle mi historia para consolarla», recuerda Alaine. Y grabó una cinta. Quizá de ahí su tremenda fuerza, la espontaneidad y cercanía empleada. A pesar de lo descarado, de lo doloroso de los recuerdos, existía la voluntad de no callarse nada.

Bestialidad «asiática»

Al matrimonio fracasado, que ella se niega en redondo a aceptar, se unió su propio martirio como joven mujer pasto de la violencia y de los abusos de la guerra, a merced de los nuevos invasores tras los nazis: los rusos. Una vez publicado su testimonio, la voz de Alaine se alzó como símbolo de otras muchas, enterradas en un vergonzoso pacto de silencio. Se calcula que 200.000 mujeres húngaras fueron utilizadas sin piedad como botín de guerra.

Cuando los alemanes abandonaron la ciudad de Koloszvar, en Transilvania, donde vivían Alaine y su familia, la población civil, asustada, se dedicó a esperar a los rumanos y a unas temibles tropas soviéticas so-

**POLCZ ROMPIÓ
EL TABÚ QUE
PESABA SOBRE
LAS MUJERES
VIOLADAS POR
LOS SOLDADOS
RUSOS**